





J O S É   R A F A E L   H E R N Á N D E Z

**G E O G R A F Í A**  
**D E L A S O L E D A D**

REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS  
DE GRAN CANARIA

2015

Primera edición: Mayo de 2015

## GEOGRAFÍA DE LA SOLEDAD

Autor: José Rafael Hernández Santana.

Edita: Real Sociedad Económica  
de Amigos del País de Gran Canaria.

ISBN: 978-84-942219-2-7

Depósito Legal: G C 262-2015

Registro de la propiedad intelectual: G C -942015

Imprime: Gráficas Atlanta  
c/ San Nicolás de Tolentino s/n  
Las Palmas de G.C.  
España

Portada y contraportada: Vicente Pérez Alonso

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático.

*Hay palabras que no se secan nunca,  
tienen frescor de eternidad.*

*El autor*



## RESEÑA BIO- BILIOGRÁFICA

José Rafael Hernández Santana nace en Las Palmas de Gran Canaria el 18 de Marzo de 1.940. Es Abogado en ejercicio, y desde la adolescencia datan sus colaboraciones en prensa, a través de los diarios “ El Eco de Canarias”, “La Provincia”, “Diario de Las Palmas”, “La Tribuna”, “El Mundo-La Gaceta de Canarias”, y últimamente en el digital “Independiente de Canarias”, así como en la “Televisión Independiente de Canarias”, donde cuenta con un espacio semanal dedicado a la Literatura.

Obra lírica publicada: “Desde la sombra”,1.963; “Despertar”, 1964; “Canto Esencial 1” ,1968; “Canto Esencial 2 (Nunca las manos del hombre)”, 1.970; “Canto Esencial 3 (Inédita palabra)”, 1971; “Tarja”, canto aborigen publicado por el Ayuntamiento de Las Palmas (1976); “Y yo escogí la palabra”, editado por la Real Sociedad Económica del País de Gran Canaria y con prólogo de la Académica de la lengua Carmen Conde (1982); “Poema a la soledad del pueblo saharauí”, (2.010);

“Elegía Epistolar ( Cartas a poetas memorables ) ” , Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria (2.012); “Se me olvidó tu voz”, Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria ( 2.012); “Suelto de la luna llena “, Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria (2.012), y “Poemas de la sed y el agua (Ofrenda a la pila canaria) Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria (2.013).

Sátiras: “Poemario del halcón” publicado por el Ateneo de Salamanca, en la Editorial Cultura y Paz, con prólogo de la poeta Salmantina Josefina Verde; “Sátiras Ultraperiféricas” presentado en la Casa de las Conchas de Salamanca por el poeta y profesor de Filología Hispánica de la Universidad de Salamanca Antonio Sánchez Zamarreño y con adenda del mismo; “Manifiesto de los Cuatro Reyes de la Baraja“ (2.010); “Satirimundi”, Fundación Tangil (2.014); “Satirimundi” página de Internet cuyas visitas sobrepasan las 78.000, de Canarias, la península, Hispanoamérica y Estados Unidos, nación que con sus millones de hispanoparlantes evidencia la grandeza del idioma español.

## PORTICO

La Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria, tan estrechamente vinculada a la obra poética de José Rafael Hernández tiene el honor de llevar a efecto la edición de su primera novela “ Geografía de la soledad ”, obra hecha en plena madurez literaria, y que entre las sombras del atardecer nos trae la hermosa luz crepuscular de una narrativa impregnada de lirismo, en la que aborda tres temas trascendentales en la vida humana: el amor, la soledad y la muerte.

Como pórtico a Geografía de la soledad, tenemos que hacer referencia en la amplia trayectoria lírica de José Rafael al prólogo que hizo a su libro de poemas “Y Yo escogí la palabra” la académica española Carmen Conde, mujer que hizo historia, no sólo como poeta, sino al ser la primera en acceder a la Real Academia Española de la Lengua, libro de poemas en que aparece un poema antológico dedicado a la palabra.

No faltaba ninguna.

Las fui observando todas.

Desde la piedra paleolítica

hasta las más modernas armas.

Dios me dijo:

¿Qué quieres para tu lucha?

Y yo escogí la palabra...

Así mismo, y por lo que concierne a su significado en el marco de la sátira resaltar la adenda a su libro “Sátiras Ultraperiféricas” realizada por el profesor de Filología Hispánica de la Universidad de Salamanca Antonio Sánchez Zamarreño, así como la honda repercusión popular de su producción satírica en su página Satirimundi de Internet, donde cuenta con millares de visitas.

Al verso de Antonio Machado  
de “se hace camino al andar ”,  
hago el siguiente añadido:  
Andando con buen humor  
es más ligero el camino.

Ese buen humor, derramado a lo largo de su obra epigramática, y quintaesenciado en el poema anterior, tiene una constante en su producción satírica, en la que como dice Sánchez Zamarreño se revela una crítica cáustica, pero siempre satinada por una inteligencia irónica excepcional .

En la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria nos enorgullecemos de enriquecer nuestro catálogo de publicaciones con esta novela, que por su calidad y fuerza romperá soledades.

Tomás Van de Walle Sotomayor  
Marqués de Guisla Ghiselin  
Director de la Real Sociedad  
Económica de Amigos del  
País de Gran Canaria.



# 1

Era un atardecer de un día caluroso de Julio. El aeropuerto, dada la fecha, presentaba el movimiento acostumbrado de viajeros. Los altavoces anunciaban la llegada del vuelo procedente de Mallorca. Aterrizó el pequeño avión de hélices, y empezaron a descender los pasajeros. Destacaba, entre ellos, la figura alta y esbelta de una joven de tez morena. Vestía de amarillo, y una sedosa cabellera negra azabache le caía hasta la cintura. A medida que avanzaba, Alfredo observaba el balanceo de aquel hermoso cuerpo, que contemplaba extasiado. Ya a escasa distancia, pudo recrearse en el bello rostro, en la

exquisitez de sus facciones, y en unos ojos negros inmensos, insondables como las pupilas del universo. Ella era Lucía, recién casada con Jorge, su hermano mayor. Se fundieron en un familiar abrazo, y al corazón del muchacho le crecieron alas, perdiéndose en el horizonte con las últimas gaviotas de la tarde.

Lucía, ajena al vendaval que había desatado, besó a su suegra, y partió con la madre y los dos hijos a la casa rural cercana al mar que tenía la familia, que desde ese instante sería también su hogar y el de Jorge. Durante el recorrido, contempló deslumbrada el espléndido litoral de Ibiza, sin percatarse que su joven cuñado estuvo pendiente de ella durante todo el trayecto. Llegados a la propiedad, bordeada de un terreno plantado de olivos, en contraste con la descripción que le había dado Jorge, se encontró con una modesta casona labriega, que no despertó ciertamente su entusiasmo. En la puerta estaban esperándola sus dos cuñadas, una mujer madura, y Luisa, una niña ciega de nueve años, que fue la primera en romper el silencio.

- Qué pena no poder ver lo guapa que eres.

Y aquellos ojos sin luz se iluminaron por momentos, mientras sus manos palpaban suavemente el rostro de la recién llegada.

Ya dentro comprobó Lucía lo humilde del caserón, compuesto de muchas estancias y un patio interior, con una fuente, un banco de piedra y una encina centenaria en el centro. Todas las habitaciones daban al patio, y dado lo grande del inmueble, podía decirse que existía una cierta distante intimidad entre sus moradores, que a partir de ahora serían seis personas.

De la cocina salía un apetitoso olor a comida, penetrando todos en ella, y celebrando en torno a una mesa de pino la llegada de Lucía, sobre la que seguía concentrada la atención de Alfredo, que no se cansaba de recorrerla con la mirada. En la mente del adolescente en ese entonces se despertó uno de esos sentimientos, que entran como un torbellino en el ser humano, una llamarada

de deseo, que hizo que aquella noche en su pequeño cuarto soñara con aquella mujer, cuya imagen ya habría de acompañarle para siempre.

## 2

Once años después, recién cumplidos los treinta y dos, Lucía sin haber perdido ni un ápice de su hermosura, se encontraba frente a un psicólogo mallorquín, que ante su belleza sufrió el mismo impacto que años atrás el menor Alfredo. Enfundada en un traje rojo satinado, y pese a haber tenido dos hijos de su relación con Jorge, su cuerpo conservaba un mágico atractivo. Ernesto, al saludarla, tuvo una sensación extraña, penetrando en el túnel de unos ojos a cuyo final adivinaba la luz. Lucía, por su parte, se sintió impresionada por el físico del profesional con quién iba a realizar el acto impúdico de desnudar su alma. En las consultas muchas fueron las

veces que se trasladaron mentalmente a aquella casona labriega de Ibiza, en la que Lucía estuvo entre dos frentes, el de un marido despreciable y el del amor intenso de un adolescente. Pero no solamente viajaron al pasado. Juntos hicieron un hermoso recorrido por el presente, con una serie de encuentros apasionados en un chalet que tenía Ernesto en las afueras de Palma. Su relación no fue algo pasajero, consolidándose con el tiempo. Lejos de apagarse, fue creciendo con el decurso de los años, al contrario que ocurre con muchas parejas que sucumben ante la monotonía.

Cierta vez, estando ambos en el lecho, sonó el móvil de Lucía, que estaba ligeramente adormilada, lo cogió Ernesto, y sin siquiera tener tiempo a contestar, sintió la voz áspera e intempestiva de un hombre joven.

- ¿Qué, te ha dado ahora por los viejos...?

Ernesto, sin decir nada, se limitó a colgar.

- ¿Quién llamó?, le preguntó Lucía.

- Alguien que se equivocó de número.

La llamada aquella cargada de celos la realizó desde Ibiza Alfredo, sabedor de la nueva relación sentimental de Lucía. Ernesto hizo oídos sordos al despechado, y poco después, se remontó con la imaginación a sueños, que son las estrellas que jalonan la noche del alma.

Ernesto contaba a la sazón treinta y ocho años, estaba en plena potencia física y emocional. Alfredo tan sólo veintiuno, de ahí que absurdamente considerara un viejo a su oponente, tal vez sin percatarse que los diecisiete años de diferencia, a esas latitudes de la vida se traducían en un caudal de experiencia enriquecedora.

Aparte de ello, grande la diferencia entre ambos seres. Alfredo era un hombre sencillo, con una formación cultural media, entregado al trabajo desde temprana edad. Ernesto, en cambio estudió en la universidad, y contó con una formación humanística excelente, siendo lo más destacable del mismo su impronta como pintor.

Al colgarle Ernesto el teléfono, Alfredo se dirigió a la cantina del pueblo, donde entre trago y trago, intentó evadirse inútilmente, como tantas otras veces, de los ojos inconmensurables de mujer que le seguirían de por vida. Volvió a su casa tambaleante, somnoliento, y al despejarse, mirándose en el espejo, continuó viendo aquella mirada imborrable. De repente sintió una húmeda caricia en la pierna. Era su perrita Faina lamiendo la llaga de su soledad. Salió al patio, se sentó en el banco de piedra, y cerrando los ojos, se sumergió en las aguas del recuerdo. Y allí surgió en su mente una escena que se repitió muchas veces en la vieja casona. Cuando Jorge estaba ausente trabajando en la plataforma, Lucía dejaba entornada la puerta del dormitorio, y a eso de las once de la noche, Alfredo traspasaba febrilmente aquel umbral entreabierto del deseo. La pasión que había acumulado por su cuñada desde que era un niño, se desencadenaba entonces. Sus manos desabrochaban agitadas la fina túnica, recorriendo con avidez la piel desnuda de la joven. Y ella, que también estuvo durante años, amándolo y

deseándolo, sentía como sus entrañas se abrían. Todo tenía lugar detrás de una cortina tejida en algodón de nubes, y mientras el mar, oyendo el jadear y la entrega de aquellos cuerpos, encendido por el soplo de una brisa de lujuria, desataba su pasión infinita sobre la arena de la playa.

### 3

¿Cómo comenzó la relación de Lucía y Alfredo? ¿Cuál fue el detonante de la misma? Para ello tendríamos que referirnos a Jorge, marido y hermano de dos de los protagonistas de nuestra historia. ¿Quién era realmente Jorge? Lucía no lo supo hasta tiempo después de casados. Ella se casó sin estar enamorada, le parecía un hombre sin tacha, trabajador, con una presencia aceptable, y al que con el tiempo podía acabar queriendo. Pero dentro de aquel ser aparentemente bueno, se escondía una personalidad anormal, y víctima de una perversión a la que luego

aludiremos, que sería determinante en la ruptura del matrimonio.

Recién casados, Jorge tardó varios días en romper la virginidad de Lucía, cuya piel no se encendía al contacto del mismo, con el cual por cierto la naturaleza no fue pródiga en lo que respecta a la generosidad de su atributo viril, que por su escaso tamaño provocó la hilaridad de alguna novia que tuvo anteriormente. Pero Lucía, que no había conocido ningún otro varón en profundidad, vio normal el viril diminutivo, y como tal lo aceptó. Fue el propio Jorge el que le confesó su tribulación y complejo por ello, diciéndole que lo normal era que otros duplicaran y hasta triplicaran su exiguo y menguado miembro, lo que no fue óbice en modo alguno para que le hiciera dos hijos. El le decía constantemente que lo que quería era que ella disfrutara, y mostraba una morbosa inclinación a presentarle compañeros a los que traía a su domicilio de Palma, a quienes Lucía trataba secamente, y sin sospechar los planes que tenía Jorge a este respecto. En cierta ocasión llevó a la casa a uno de los técnicos de la

plataforma petrolera en la que trabajaba, y yendo a la cocina, le dijo a Lucía que fuera a sentarse con su amigo un rato, mientras iba a comprar unas cervezas. Lucía le contestó con un no profundo, y al poco se fue a buscar a los niños al Colegio. Cuando volvió ambos se habían marchado, regresando Jorge ya entrada la noche. Cuál no sería la sorpresa de Lucía, cuando al día siguiente, encontrándose sola, llamaron a la puerta. Se trataba del mismo hombre que había estado en la casa el día anterior. Sin quitar el ganchillo de seguridad, le dijo que su marido no estaba, respondiéndole el individuo que no importaba, que Jorge había sido quién lo había mandado para charlar con ella, a lo que reaccionó Lucía, cerrando de estampida y a punto de lesionar al personaje, que se fue echando más humo que la plataforma en la que trabajaba.

La joven desesperada llamó a su madre y le contó lo que estaba ocurriendo. Al día siguiente, un hermano de Lucía llamado Pedro, citó a Jorge en una plaza, y ya allí le preguntó qué es lo que le estaba haciendo a su hermana, propinándole varios puñetazos a renglón seguido, sin que

el mismo intentara repeler el ataque, y dejándolo maltrecho sangrando en el suelo.

## 4

Visto el desamor de Jorge, así como los episodios de sus esporádicos maltratos, Alfredo era el único refugio con que contaba Lucía, cuando estaban en la casona de Ibiza. Sabía y era consciente que desde su llegada a la isla, su cuñado se había quedado prendado de ella. El muchacho la seguía con la mirada a todas partes. Sentado en el viejo banco de piedra del patio frecuentemente tiraba piedrecitas en la puerta hasta verla aparecer, y Lucía aparentaba no dar importancia a tal hecho, no dándose por aludida, sintiendo por el mismo un afecto fraternal, pero que se fue transformando a lo largo de los años en una

atracción latente y soterrada, a medida que aquel niño se convertía en un hombre.

Al tiempo que Alfredo crecía física y espiritualmente, su pasión por Lucía se desbordaba. Rara era la noche que su imaginación no la raptara. La cogía en brazos de los sueños, y cerrando los ojos la tendía en el lecho. En medio de espasmos de placer solitario, musitaba su nombre una y otra vez - Lucía, Lucía....Por las mañanas, cuando la joven venía a hacer la cama, sentía la humedad del deseo palpitando todavía en las sábanas. Las olas cercanas del mar palpaban sus senos entonces, y tenía la extraña sensación de que aquélla como tantas otras noches había estado en aquel cuarto, aunque no fuera así. Trataba de contenerse, de frenarse, cada día iba sintiéndose mas atraída por aquel ser que la idolatraba, con un amor que primero fue niño, que se hizo adolescente, y que ya había tomado cuerpo en la complexión atlética y robusta de un veinteañero. Intentaba por todos los medios disimular las señales que delataran sus sentimientos. Cuando Alfredo la observaba fijamente, cuando la mirada del joven se

clavaba en sus ojos, bajaba la vista o buscaba una palabra o un pretexto para salir de la situación. Hasta que un día sus labios inevitablemente se encontraron, y Lucía entonces sintió como un golpe de mar acariciante en que naufragó su deseo largamente reprimido. Pero aquel no fue el momento de la entrega total, porque la voz de la hermana ciega de Alfredo puso fin a la escena. Luisa, aun no viendo nada, sintió que el mar había entrado en la estancia, y que una ola de pasión envolvía los cuerpos de Alfredo y Lucía. Aunque en sus ojos de invidente todo eran penumbras, vio arder en su retina en sombras la luz azulada del mar. Percatándose la pareja de su presencia, se separaron en silencio, y Lucía a hurtadillas se fue a su habitación, no pudiendo conciliar el sueño, desvelada por la fragancia del primer beso de amor que recibió en su vida.

La noche siguiente, estando Lucía con Jorge en el dormitorio, le dijo que tenía que hacerle una pregunta.

- Dime, le dijo éste secamente.

- La cuestión es que como siempre has intentado arrojarme en brazos de otros hombres, te quería preguntar tu opinión acerca de una persona a la que le gusto y que me gusta.

- ¿De quién se trata?, manifestó Jorge sorprendido.

- De tu hermano Alfredo.

- Vale, por mí no hay problema alguno, estoy totalmente de acuerdo con esa relación, pero siempre que yo te mande a estar con él.

Y una sonrisa de pervertido se dibujó en el rostro de aquel hombre, que por fin había conseguido sus propósitos. Su desviación llegaba a tal límite, que le excitaba sobremanera entregar su mujer a terceros, poseído por el morbo delirante que le producía tal hecho. Esta conversación tuvo lugar a las nueve, y cercanas las doce de la noche, cuando todos los moradores de la casona estaban durmiendo, Jorge presa de una gran excitación, conminó a Lucía a que fuera al dormitorio de su hermano.

Ella obediente fue allí, y al verla aparecer a aquella hora en su habitación, Alfredo le preguntó qué ocurría, extrañado por su presencia. Estupefacto oyó lo que la joven le manifestaba, la cual no se limitó a contarle lo acontecido, sino a relatarle la obsesión enfermiza de Jorge de verla en brazos de otros, y en particular la escena que tuvo lugar en Mallorca con el amigo del mismo que trabajaba como técnico en la plataforma petrolera, y al que Lucía echara con cajas destempladas. Alfredo se quedó pasmado con lo que estaba oyendo. Los jóvenes hablaban en voz baja, casi un susurro. Entró una ráfaga de aire por la ventana, y la lámpara que pendía del techo se deslizó con un leve rumor, iluminando la escena de aquellos dos seres, que sentados en dos sillas, frente a frente, comentaban lo acaecido. La puerta de la habitación estaba casi cerrada, y Alfredo y Lucía estáticos mirando hacia ella, adivinaron la imagen demencial de un hombre oculta en las sombras de la perversión. Ellos no se atrevieron a hacer nada, tenían un miedo atroz, sospechando que todo fuera una trampa, de la que incluso se podía desencadenar

una tragedia. Se limitaron a seguir hablando del escabroso tema, y quedaron en que al día siguiente, que Jorge tenía que ir por tres meses a la plataforma, tendría lugar su primer íntimo encuentro. Ella le dijo que a las once de la noche estaría esperándolo, con la misma ansiedad palpitante que la orilla aguarda al mar, y dejando ligeramente entornada la puerta.

Volvió a su dormitorio, y allí estaba Jorge convulso por una agitación fuera de lo normal. ¿Qué, como fue todo?, le preguntó, mientras en sus ojos fríos ardía la llamarada de un deseo lacerante. Totalmente desencajado, la situación del mismo era rayana a la locura, hasta su diminuto miembro parecía haber crecido. Aunque no había ocurrido nada, Lucía se inventó una historia que llenó de satisfacción al poseso. Por otra parte, viendo la que se le venía encima, y a efectos de hacer más real el relato, le dijo - Perdona un momento, pero tengo que ir al baño. Después regresó, y volvió al sacrificio de entregarse a aquel ser odioso, que jadeaba como un perro babeante, y al que nunca durante tantos años de casados había visto en

tal estado. Cuando Jorge acabó la faena, sin la más leve respuesta emocional de Lucía, le comentó - Qué pena que tenga que irme mañana. Pero ella no estaba allí, su mente se había trasladado al día siguiente, pensando en el acariciado encuentro, sin que los ronquidos posteriores del depravado la sacaran de su ensueño.

Eran las siete de la mañana, cuando a Jorge lo recogió el coche de la compañía para trasladarlo al muelle. Al arrancar el vehículo, una sensación de profundo alivio invadió a Lucía, pensando que iba a tener una larga tregua de tres meses, sintiendo también media hora después como arrancaba la moto de Alfredo camino del trabajo.

Llegó por fin la noche tan ansiada. Lucía dejó entreabierta la puerta, tal como habían quedado, y Alfredo la empujó con mano trémula. La pareja, con la bendición de Jorge, que ya a esas horas estaba en la plataforma, iba a ver realizados sus sueños. Mientras Alfredo la besaba intensamente, Lucía hizo con el suave tacto de sus finos dedos un descubrimiento, comprobó que Jorge estaba

sobrado de razón, cuando se quejaba de lo ridículo de su miembro. No salía de su asombro. Desbordada por la ansiedad, se entregó como se abren las flores de la noche. Alfredo, tal vez por su condición juvenil unida al ensueño tan largamente acariciado, se desbordó precozmente, pero su juventud contribuyó a que se rehiciera con renovados ímpetus, hasta que la mujer notó en sus entrañas la sensación indescriptible de una plenitud total. Ambos sintieron la necesidad de gritar, de dar rienda suelta a la pasión tantos años contenida, pero temiendo despertar al resto de los moradores de la casa, explotaron en silencio como los volcanes dormidos. Instantes después, alguien se les acercó, susurrándoles algo al oído. Era la voz suave del mar, invitándoles a que se sumergieran en sus aguas. Aceptando la invitación, cautelosos, temerosos de no despertar a nadie, se adentraron en una cala oculta. Allí volvieron a sumergirse en las aguas tibias del deseo.

Aquellos días fueron de una felicidad inmensa. Ellos aprovechaban cualquier oportunidad para estar juntos, y al olfato de Luisa, la hermana ciega de Alfredo, no le pasó

desapercibida la situación, si bien el único cómplice de la pareja fue el mar, que muchas noches se arremolinó en el cuerpo desnudo de Lucía. Los encuentros en la casa seguían teniendo lugar en el mismo escenario, y una y otra vez se repetía el acto que comenzaba con aquella puerta siempre abierta al delirio, a la misma hora, tras la cortina que los arropaba con su mágica envoltura. Cada día, y a medida que iban sucediéndose los contactos, Alfredo superaba su inmadurez, y las relaciones eran más completas. En más de una ocasión se acercaron a la recóndita cala, y allí en un fresco lecho de arena, mezclaron su aliento con la brisa y los jadeos del mar, cuya pasión azul se despertaba al contemplarlos.

## 5

Pasó el tiempo, y transcurridos los tres meses en alta mar, Jorge volvió. Nada más llegar, la primera noche, a las doce en punto, mandó a Lucía a la habitación de Alfredo, la escena ideal para su desenfreno. Ya en la plataforma, y en medio de la soledad nocturna, su pasión enfermiza se desataba, imaginándose las relaciones de la pareja en la casona. Entonces, estremecido por aquella visión alucinante, rugía y bramaba como el mar que lo rodeaba. Soñaba con su llegada a Ibiza, y los días se le hacían interminables, para acceder a lo que para él era un placer infinito: que su mujer viniera a sus brazos rebotada de otro

hombre. Eso era lo que más deseaba en el mundo, lo más apasionado y excitante. Que el cuerpo desnudo de Lucía llegara de otras manos a la suyas. Tal hecho hacía que su desvarío alcanzara cotas sorprendentes. Y una vez con ella, preguntarle hasta por los más ínfimos detalles, al tiempo que la llama abrasante del morbo provocaba un incendio en sus entrañas. Por eso, aquella primera noche de su llegada en que arrojaba a Lucía otra vez en los brazos del hermano, los ojos de Jorge despedían un brillo especial, siniestro, como el de las fieras del deseo que acechan en los ojos llameantes de las hienas, que esperan a que el león les haga su trabajo, para luego recrearse en las sobras del carnal festín. Pero Lucía hizo lo mismo que el primer día. Dócilmente fue a la habitación de Alfredo, y no hubo nada entre ellos, pendientes en todo momento del perturbado que estaba entre bastidores. Pasada una hora regresó al dormitorio conyugal, le dijo a Jorge que iba al baño, y de vuelta le suministró lúbricos datos imaginarios en bandeja, los cuales eran la espoleta que hacía disparar su genital miniatura.

Planteada la situación en estos términos, Alfredo y Lucía aprovechaban al máximo y con total intensidad los momentos en que Jorge se ausentaba, pero ella no era la misma, la situación que atravesaba era demasiado dura, insostenible, agobiante, difícilmente podía desprenderse del olor repugnante del chacal. Diariamente se repetía la misma sórdida escena, hasta que una noche cuando la enviaba Jorge a la habitación de Alfredo, salió la joven en camisón de dormir, huyendo despavorida de la casa. Iba corriendo a un acantilado cercano y con la intención de arrojarla desde lo alto, poniendo fin a aquel calvario. Jorge fue en su busca, y no la halló, encontrándose con Alfredo que salió de su cuarto al sentir el revuelo. Lucía, ya cerca de la cima, sintió revolotear sobre su cabeza las alas de una lechuza, cuyos ojos iridiscentes la miraban desde lo alto. En ese preciso momento, por la mente de aquella mujer desesperada, pasaron los dos niños que inocentes dormían ajenos a la tragedia que se cernía sobre sus vidas. Entonces se detuvo, contempló la lechuza, que ya posada en un arbusto la observaba fijamente, y volvió

sobre sus pasos a la casona con el firme deseo de partir al día siguiente a Mallorca y poner en marcha los trámites para separarse de Jorge.

Ya en Palma, y pese a lo sucedido, Lucía no interpuso la separación. Se debatía empantanada en la duda ante el temor de una reacción violenta de Jorge. Así se mantuvo titubeante durante cierto tiempo. Pesaba sobre su ánimo como una losa la posibilidad de una respuesta agresiva, lo que no era descartable ni mucho menos, teniendo en cuenta los maltratos físicos de que la hizo objeto en más de una ocasión, antes y después de nacer los niños. Cierta vez, estando en Ibiza, y al poco tiempo de nacido el primer hijo del matrimonio, fue tal el bofetón que le dio, que la tiró al suelo, provocándole un desprendimiento o lesión de tímpano que arrastró de por vida, desencadenándose los ataques de ira en cuestión sin motivo alguno, y sobre todo cuando se tomaba alguna copa. De ahí los paños calientes que Lucía empleó, y que hicieron dilatar la demanda de separación más de lo normal.

En ese ínterin de la estancia de la familia en el domicilio de la capital balear, se trasladó allí Alfredo, que vino desde Ibiza para hacer un curso de contabilidad. Contó para ello con el beneplácito de Lucía, que seguía enamorada del mismo, como con el de Jorge, al que su llegada le produjo una honda e íntima satisfacción. Durante esa época, Jorge estuvo un mes en el domicilio y dos en la plataforma, dejando a su esposa y hermano el terreno totalmente libre. Alfredo apuró ese tiempo intensamente, y no sólo hizo los estudios de contabilidad en cuestión, sino también un curso intensivo de relaciones carnales.

El mes que estuvo en la casa, Jorge salía con los niños, y dejaba la pareja a solas, insuflando el torbellino de su pasión. Cuando se sentaba en el parque, mientras los pequeños jugaban con los toboganes, su mente estaba en otro sitio, en la vivienda, recreando las escenas que tenían lugar en la misma. Veía a Lucía desnuda, acariciada por las manos apasionadas de su hermano. Sentía el intenso rumor de los cuerpos jadeantes. Los intermitentes

susurros. Y hasta oía los placenteros lamentos en que el goce y el dolor se confunden.

Qué decir de los dos meses siguientes en que Jorge se fue a la plataforma. Lucía y Alfredo los vivieron con vehemencia. El tiempo se les hacía corto para estar juntos, hasta el punto de que Alfredo dejó de asistir a los cursos de contabilidad, que por otra parte no fueron más que un mero pretexto para estar con ella.

Nada más regresar Jorge de la plataforma vuelve Alfredo a Ibiza, y si no sacó con nota óptima el curso de contabilidad durante su estancia en Palma, por las faltas de asistencia, en el de sexología obtuvo sobresaliente. Lucía fue a despedirlo al muelle, donde permaneció hasta que el barco se fundió con el horizonte. Fueron desde entonces muchas las noches en que Jorge le preguntaba como se habían desarrollado durante su ausencia las relaciones entre ella y Alfredo, mas Lucía esquivaba el tema siempre que podía, aunque a veces temerosa por la naturaleza

iracunda de Jorge, le daba pormenores que eran el detonante para que su desvarío se desbocara.

Mientras tanto, la vida de Alfredo en Ibiza discurría entre su trabajo y una soledad corrosiva, que intentaba asfixiar con el humo del tabaco y los vapores del vino. Atado a los recuerdos, que son los eslabones de la cadena del pasado, eran muchos los días en que cogía como un autómeta el teléfono para hablar con Lucía, llamadas que como luego veremos, ya posteriormente a través de móvil, no dejaron de producirse a lo largo de los años.

## 6

En un momento puntal de nuestra historia, transcurrido casi un año de la partida de Alfredo a Ibiza, aparece en escena otro personaje, y al que hemos hecho alusión anteriormente. El psicólogo mallorquín Ernesto, a cuyo despacho acudió Lucía cuando tenía madurada la idea de separarse, sucediendo entre ambos los hechos que ya hemos narrado, desencadenantes de un idilio que tendría amplia repercusión, y que acabaría marcándolos para el resto de sus vidas. No obstante, hubo un tiempo en que Lucía se debatió en la duda, unos meses en que temiendo la reacción visceral de Jorge, mantuvo

pendientes los trámites de la separación, diciéndole que ello era una cosa provisional, y que luego podrían volver a unirse, lo que sabía que era imposible, pero temiendo se desatara algún episodio maltratador, lo cual era más que probable dada la naturaleza colérica de Jorge.

Poco después volvió la familia a Ibiza, pero ya no conminaba Jorge a Lucía a arrojarse en los brazos de su hermano, después de lo sucedido aquella noche en que todo pudo terminar en tragedia. Por otra parte, los encuentros entre Lucía y Alfredo fueron más espaciados y fríos. En cierta ocasión, estando sentados en el salón de la casona, había encima de la mesa un periódico de Palma con una foto de Ernesto, encabezando un elogioso comentario sobre una exposición de óleos que había hecho en París. A Lucía, al verlo, se le iluminó el rostro, y con una voz que denotaba una emoción mal disimulada, exclamó - ¡Es Ernesto, mi psicólogo! A Alfredo el rostro se le ensombreció por momentos, no pasándole desapercibido el tono emotivo de la voz de la joven, así como el extraño brillo que percibió en sus ojos. Presintió

que ese hombre iba a ser un escollo insalvable para su felicidad, como así ocurrió.

Muchas habían sido las visitas de Lucía a la consulta de Ernesto, donde se veía rodeada de una atmósfera acogedora, distendida. Hablaban durante horas. Nunca se cansaba de escucharlo. Le encantaba el rumor de aquella voz cálida y profunda. Las palabras de Ernesto tenían una fuerza envolvente. Lucía se sentía transportada por ellas, y se dejó arrastrar como una barca en un río apacible. Nada de lo que estaba viviendo tenía que ver con su pasado. Se encontraba ante un hombre culto, a años luz de Jorge y Alfredo, al margen de los rescoldos de la relación que tuviera con este último. Los estudios que tuvo unidos

a su afición por la lectura, le permitían valorar algo que por otra parte saltaba simplemente a la vista, que frente a los perfiles de su esposo y cuñado, el de Ernesto era el de un intelectual, el de un creador.

Cierta vez acudió Lucía al despacho y no se encontraba Ernesto. La sonrisa maliciosa de la secretaria desveló que el psicólogo se había perdido con una mujer en la espesura de aquella tarde otoñal. Y Lucía sin saber cómo ni por qué sintió celos de aquella desconocida.

Pocos días después concertaron una cita, y como ya dijimos al principio, se fueron juntos al chalet de Ernesto. En una amplia terraza desde la que se dominaba una panorámica maravillosa, y mientras tomaban unas cervezas, las palabras de ambos buscaban un sensual acercamiento. A lo lejos se veía el mar, y los ojos de Lucía inconscientemente se perdieron por momentos en el horizonte, buscando la isla de Ibiza en la lejanía. La sacó de su ensoñación la voz de Ernesto.

- Hermoso perderse contemplando el mar.

- Si, contesto ella.

Entre las llamas del crepúsculo se consumían las últimas brasas de la tarde, cuando la pareja entró en el salón contiguo a la terraza, todo decorado de azul y con unos confortables sofás de terciopelo. Allí, teniendo como fondo una música suave, se fundieron. Al poco de estar bailando, Lucía sintió que la piel de Ernesto y la suya se hablaron con un lenguaje químico de aceptación. Notó como un ramalazo duro y largo de pasión le golpeaba los muslos. Bajando la mano, comprobó por segunda vez en su vida con sus dedos largos y acariciantes, cuán sobrado estaba de razón Jorge cuando se refería a lo minúsculo de su atributo. Los dedos de Ernesto, por su parte, entraron febriles en el sostén y acariciaron unos pechos suaves, hermosos, tibios como aquel atardecer de otoño que estaba expirando en el horizonte.

Fueron al dormitorio, y medio en penumbra, a través de la luz agonizante que entraba por la ventana, pudo ver Ernesto el contorno desnudo del cuerpo alto y esbelto de la joven. Ya en el lecho, sintió Lucía el embate lento, suave y rumoroso de una marea que la envolvía cadenciosamente sin romperse precozmente en las orillas de su cuerpo, que no cesaba de hablarle con el frescor de la brisa de la ternura, hasta que surgió la ola envolvente final, arrastrándolos, mientras sus gemidos rasgaban el oscuro terciopelo del silencio nocturno.

A partir de entonces los encuentros de la pareja se sucedieron, teniendo lugar en el mismo escenario.

Alfredo, entre tanto, desde Ibiza veía como sus llamadas telefónicas no encontraban eco, tenían como única respuesta la frialdad, percibió como Lucía se iba apagando en la distancia. Un día, sin previo aviso, y desesperado, tomó el avión con destino a Mallorca, desplazándose a la casa de su hermano, el cual se hallaba en la plataforma. Allí estaba Lucía con los niños, almorzó

con ellos, y notó apagados los ojos de la joven. Cuando se acostaron los pequeños, y mientras se desvanecía la tarde, Alfredo le preguntó qué ocurría, le dijo que la notaba fría, distante, que ya no era la misma. Ella entonces le quiso dar a entender que su relación era imposible por lo descomunal del problema existente, que estaban por medio tanto la familia de uno como la de otro. Pero tal vez por no hacerle daño, dejó la situación en unos puntos suspensivos esperanzadores, diciéndole que todo se podía arreglar con el tiempo. Que las circunstancias que atravesaban eran muy tensas. Alfredo le dijo que si la causa de todo no sería el pintor, aquel hombre cuya foto aparecía con frecuencia en los periódicos, y ella bajando la mirada, le dio un no por contestación. Ya entrada la madrugada, se marchó Lucía al dormitorio, pero al poco, cuando estaba en el lecho, sintió como Alfredo se introducía también en el mismo. Pero aquélla, la que sería su última relación, no tuvo nada que ver con las mantenidas en Ibiza, como tampoco con las que sucedieron en el mismo lugar, cuando Alfredo vino a

hacer el curso de contabilidad tan bien aprovechado. El joven, nervioso, presionado por la tormenta del deseo y la angustia que arrastraba, se desbordó prematuramente, y luego cuando quiso continuar, su oleaje de mar embravecido no encontró respuesta, porque Lucía envuelta en una bata de espumas se perdió tierra adentro.

Al día siguiente, cuando Alfredo partió, ya nunca más volverían a encontrarse sus cuerpos, sintió el adiós de Lucía como una daga fría que se clavaba en sus entrañas, y con la mirada baja, se perdió calle abajo, buscando el autobús que lo llevaría al puerto. Una hora después, a las nueve de la mañana, y cuando Ernesto llegaba a su despacho, en la entrada estaba esperándolo Lucía, ataviada con el mismo vestido rojo de su primer encuentro. Ya dentro la joven se lanzó en sus brazos, rompiéndose ambos en un beso intenso y profundo, que hizo que Lucía por vez primera en su vida, y al solo contacto de unos labios, sintiera mientras le abandonaban las piernas, los suaves espasmos de un placer infinito.

## 8

Recién iniciada la relación con Ernesto, Lucía se trasladó de su domicilio al de sus padres por razón del Colegio de los niños. La vivienda era bastante amplia, situada en una zona residencial de la ciudad, con habitaciones suficientes para hija y nietos. Unos dos años se mantuvo allí con los niños, en los que siguió saliendo diariamente con Ernesto, que siempre la dejaba en las inmediaciones del inmueble entre las diez y once de la noche. No obstante, y pese a ello, los padres intentaban controlarla férreamente como si fuera una niña, pidiéndole explicaciones de todo tipo, siendo la postura más

atosigante la paterna, llegando a convertirse la situación en insoportable, por lo que un día sin llegar a tener ningún enfrentamiento con sus progenitores, Lucía recogió sus bártulos y regresó con los niños a su casa, lo que fue un respiro para ella, cansada de verse sometida a una vigilancia fuera de lugar y propia de otros tiempos y edades.

Saltando a otro protagonista de nuestra historia, Alfredo, la vida del mismo había experimentado un cambio notorio. Discurría monótona y triste en Ibiza, entregado de lleno al trabajo, y en los momentos libres ayudando a su padre en las labores del campo. Fumaba sin parar, y en medio de las nebulosas del alcohol y el tabaco, se perdía de vez en cuando entre las faldas de una prostituta. Él sabía, su hermano lo dijo cierta vez lo suficientemente alto como para que se enterara, que Lucía estaba con otro hombre, con aquel pintor mallorquín que tan frecuentemente era noticia en la prensa. Cierta vez llegó a sus manos la página de un periódico en que aparecía el personaje en cuestión, y la hizo mil pedazos.

Desde que Lucía se mudara a casa de los padres, Alfredo dejó de llamarla, mas ello fue tan solo un paréntesis, ya que al poco de volver la joven a su domicilio, reanudó las llamadas, las primeras para intentar resucitar la relación, lo que resultó imposible, y las sucesivas más apagadas, siguieron prolongándose casi a diario a lo largo de los años, para preguntarle por cosas triviales, y al puro efecto de sentir su voz.

Por aquellas fechas, la relación de Ernesto y Lucía se iba consolidando. Ella estaba recortando siempre las críticas de prensa sobre su obra, y realizaba bordados artísticos de paños en los que reproducía la caricatura del rostro del artista, realizada por un renombrado caricaturista mallorquín. Conocedora Lucía de los muchos antecedentes que figuraban en la hoja histórico sentimental de Ernesto, también hizo aparición alguna que otra vez en su alma el fantasma de los celos. Fueron muchas las veces en que galopando su cuerpo, le decía entre jadeos - Como te vayas con otra, te mato.

En las ocasiones en que Lucía recapitulaba sobre su vida sentimental hasta el encuentro con Ernesto, llegó a la conclusión de que todo lo anteriormente acontecido había sido una pesadilla. Primero se encontró un hombre con el que se casó sin quererlo, a lo que hubo que añadir posteriormente sus maltratos y tintes de perversión. Luego, como contrapartida y bálsamo, descubrió un adolescente que la adoraba, que comenzó a desearla desde el día que por vez primera la viera en el aeropuerto. En el joven halló Lucía un consuelo a su situación, y con el tiempo aquella admiración y entrega se vio correspondida por ella, que como hemos visto, con el paso de los años también lo deseó en silencio, y ya con dos niños, jaleada por el marido en la obsesión de verla con otros hombres, no dudó en entregarse al ser que la idolatraba. Pero esa elección que había hecho Lucía en el estrecho círculo en que se movía, cambió de lleno al encontrarse con Ernesto.

## 9

Unos ocho años después de separarse Lucía de Jorge, y mientras éste trabajaba en la plataforma, sufrió un gravísimo accidente laboral que le costó la vida. Le cogió de lleno una explosión a causa del fallo de una válvula, y fue tal el impacto y las graves quemaduras sufridas, que falleció durante el trayecto en helicóptero a Palma. Conocedores del accidente, los familiares esperaban en el helipuerto del Hospital, encontrándose con la desagradable sorpresa de su muerte. Incineraron sus restos, tal como fuera su voluntad en vida, y los trasladaron posteriormente al nicho que tenía la familia en Ibiza. En el

duelo se encontraron Alfredo y Lucía, intercambiando algunas palabras, pero él se percató que ella intentaba rehuirlo por el muro infranqueable de su relación con Ernesto. Ahora, muerto su hermano, ya no existía aquel problema familiar que los separaba. Sin embargo, y pese a la repentina desaparición de Jorge, se alzaba entre ellos la barrera gigantesca del pintor mallorquín. De ahí que Lucía apenas cruzara palabra con Alfredo en las exequias, acompañada siempre por sus hijos. Finalizada la ceremonia, y tras el pésame de los escasos asistentes, salió del tanatorio, despidiéndose con un beso de Alfredo, que sintió entonces palpitar en sus entrañas el sentimiento hacia aquella mujer del que no pudo desprenderse jamás. En el velatorio sus ojos estuvieron fijos en cada uno de sus movimientos, sintió deseos de sacarla fuera, pero allí estaban vigilantes y escudriñadores muchos familiares, conocedores de los entresijos de aquella vieja historia de amor, a algunos de los cuales no les pasaron desapercibidas las relampagueantes miradas del joven a su cuñada.

Mientras regresaba Alfredo a Ibiza en el avión, y durante el trayecto, vagando por el horizonte teñido de nostalgia, siguió viendo la imagen de Lucía. Pese a los años transcurridos, la había encontrado tan hermosa como el primer día. Cerró los ojos, huyó del presente, y se perdió con ella por un mar de nubes. Así estuvo, hasta que se oyó la voz de la azafata, con la frase ritual de término del vuelo. Y Alfredo entonces, en ese preciso momento, regresó de ese otro vuelo que emprendiera en alas de la imaginación y en el que había viajado al pasado para reencontrarse con Lucía, tocando finalmente la dura pista de la realidad en que aterrizan todos los sueños.

## 10

Alfredo, por aquel entonces, se dedicaba en cuerpo y alma a la construcción de su casa en medio de un terreno de seis mil metros que había adquirido con grandes sacrificios. Acariciaba la idea de algún día poder compartirla con Lucía, no descartando que en cualquier momento pudiera romperse su relación con Ernesto. En las constantes llamadas, le contaba como iba la edificación y de lo ilusionado que estaba con la marcha de las obras. Pero las conversaciones nunca salieron de temas triviales, y eran sumamente breves, llamando siempre Alfredo, como ya apuntamos anteriormente, al único fin de

escuchar la voz de Lucía, que nunca dijo nada de la asiduidad de dichos contactos telefónicos a Ernesto, quién por otra parte estaba seguro de los sentimientos de la mujer, a pesar de conocer la relación mantenida con Alfredo, que ella, dicho sea de paso, le había contado de modo superficial, y no con los detalles que figuran en el presente relato.

Lucia veía con satisfacción que sus hijos eran buenos estudiantes, y con frecuencia comentaba a Alfredo el alto sentido de responsabilidad de los mismos. El tema tabú de sus diálogos fue siempre Ernesto. Sabedores que la persona en cuestión era un escollo infinito que los separaba.

En cierta ocasión, estando Alfredo con una amiga, le dijo que conoció en profundidad mujeres, pero que su gran pasión había sido solamente una, y que se trataba de un amor imposible. Lo mismo manifestó a las jóvenes que pasaron fugaz y superficialmente por su vida. Es más, cuando sostuvo alguna relación, y en los umbrales

desgarrados de luminosidad, únicamente veía la imagen de Lucía. En todo momento la tenía en mente. Ella era la gran protagonista. Las demás meras actoras secundarias. En las ráfagas de relativa felicidad de que disfrutaba, siempre estaba presente, fluyendo por la sangre de sus venas, parpadeando en la luz de sus neuronas. Lo suyo era como una anímica drogadicción, y muchos fueron los días que se drogaba con el recuerdo. Nunca logró borrarla de la memoria. Por eso tenía la necesidad imperiosa de llamarla a menudo, de escucharla, aunque solo fuera unos instantes. A pesar de considerar que se trataba de una quimera, nunca descartaba la idea del reencuentro. Esperaba que en cualquier momento cayera el telón del imposible. Que volviera a renacer aquella historia apasionante que comenzó en la casona de Ibiza, de la que evocaba las imborrables escenas que allí tuvieron lugar, y en particular las contadas ocasiones en que permaneció con Lucía hasta el amanecer, contemplando ambos como el sol, con sus manos cálidas, con sus dedos de luz, desnudaba la noche.

## 11

El idilio de Ernesto y Lucía seguía in crescendo, la relación de la pareja con el paso de los años no disminuyó, como suele acontecer comúnmente. El fuego aquel se reavivaba a través del tiempo, y nunca dejó de soplar el aliento de una pasión que siempre lo mantuvo vivo. Juntos levantaron un castillo amoroso, y en el que como ocurre con los castillos, aparecieron figuras fantasmales, en este caso los fantasmas de los celos. En efecto, Lucía, que jamás había experimentado dicho sentimiento, sintió despertarse en su alma ese tormento, casi una constante en su relación con Ernesto. Cuando se encontraban en el

chalet, su desconfianza adquiriría un tinte detectivesco, buscando una huella o un cabello de mujer, que delatara al infiel. Y en más de una ocasión, Ernesto se vio abrumado por las pruebas incriminatorias. Pero jamás reconoció culpabilidad alguna. Ella a veces tendía trampas sofisticadas, consistentes en marcas o dobleces en la ropa camera, o un minúsculo trozo de papel en el bidet, que probaran la presencia de cualquier intrusa en su territorio. En cierta ocasión, estando ambos almorzando en un restaurante de Palma en compañía de un primo de Ernesto, se les acercó una joven y besó cordialmente al pintor en presencia del marido, que también lo saludó. Después la mujer, ya desde una mesa cercana, realizó con la mano un ademán imperceptible y cariñoso dirigido a Ernesto, y percatada de ello Lucía, se levantó de inmediato con la fuerza de un geiser volcánico en medio de un silencio glacial, saliendo del restaurante como alma que lleva el diablo. Ernesto la siguió despavorido, dándole toda clase de explicaciones y afeando su proceder, pero ella no oía nada, tan solo el fragor de la catarata de los celos

retumbando en su interior. Otra vez, ya muchos años después, encontrándose disfrutando de una barbacoa en una casa de campo de una hermana de Lucía, estando Ernesto sentado ante una mesa del jardín, se puso a su lado una de las invitadas, una mujer inglesa que rondaba los cincuenta años, y que estaba de buen ver. La misma no cesaba de hablarle en inglés, mientras Ernesto hacía lo indecible por comprenderla, notando eso sí el calor del británico acercamiento. En ese momento puntual hizo su aparición Lucía, y dirigiéndose a Ernesto, le gritó - Tu siéntate allí, señalándole el lado opuesto de la mesa, y nuestro hombre, a fin de evitar una escena, obedeció sumisamente el mandato. Ya habiéndose desplazado del sitio, y confuso con el leve revuelo que se había armado, que no pasó desapercibido a muchos de los asistentes, sintió como la inglesa despechada y en un claro español, le dijo - ¿Qué, huelo mal? Al oír las palabras en cuestión, Ernesto que no podía ponerse colorado por su tez morena, sintió que el alma se le ruborizaba de vergüenza. Enterada del incidente, la hermana de Lucía le pidió una

explicación, y ella le respondió que lo único que le faltaba a la británica era saltar sobre Ernesto.

Mas nadie en este mundo puede verse librado del fantasma de los celos, ni siquiera Ernesto pese a la coraza de su aparente frialdad en el tema. Ocurrió que una mañana, y mientras curioseaba en el armario de Lucía, dentro de una cartera halló dos fotos de Alfredo, una de cuando contaba catorce años, y otra de la época en que tuvieron lugar las relaciones del mismo con Lucía. Ernesto sintió un golpe helado en las entrañas, hizo una mueca de profundo desagrado que contempló el espejo del tocador, y tomando aquellas instantáneas que le quemaban las manos, se las guardó de inmediato. Por la tarde acudió a un laboratorio fotográfico, y obtuvo dos ampliaciones de las fotografías, envolviéndolas seguidamente en un delicado papel de estrasa. Al día siguiente, ya entrada la noche, al despedirse de Lucía, le dio aquel regalo envenenado, que ella luego abrió sorprendida, observando entonces el espejo de la alcoba una expresión de evidente malestar en el semblante de la mujer, similar a la que

había visto el día anterior en el rostro de Ernesto. Este hecho ocurrió, pasados los años, y cuando ya fallecido el padre, volvió Lucía a la casa de su madre. Impactada y molesta por el hecho, se produjo un breve distanciamiento en la pareja que duró tan sólo unos días, que lo único que hizo fue reavivar más la intensidad de la relación, de la que fue testigo en muchas ocasiones la pequeña piscina interior del chalet de Ernesto, escenario de muchas escenas apasionadas. A veces se abrían explosivas botellas de champán. Se colmaban entonces vasos de desbordante espuma, que levantaban oleajes en los senos de Lucía, mientras los cuerpos de ambos, ebrios de amor, explotaban en burbujas.

Alfredo, merced a su espíritu trabajador, alcanzaba en Ibiza las metas que se proponía. La casa ya era una hermosa realidad, amplia y luminosa, amueblada con unos muebles rústicos que hacían juego con la construcción. Plantó encinas y olivos en la extensa parcela que la circundaba, e hizo un banco en el jardín idéntico al del patio de la vieja casona, que fuera testigo de sus quimeras de adolescente. A veces, cuando iba a visitar a su madre, se perdía por el viejo hogar familiar, recorría sus habitaciones, y se pasaba largo tiempo ensimismado en aquella estancia que fuera testigo de las escenas más

apasionantes de su vida. Sin que nadie lo viera acariciaba en sueños las gruesas paredes, e incluso en más de una ocasión, se imaginó a Lucía oculta tras el embrujo de la cortina, desnudada por los recuerdos.

La bonanza económica permitió a Alfredo en los períodos vacacionales algunos viajes al extranjero, especialmente a países del Este e Hispanoamérica, realizando dos a Oriente, uno a India y otro a Japón, más ninguna de las jóvenes que encontró en sus periplos, logró borrar el nombre de Lucía que estaba grabado a fuego en su alma. En esas salidas al exterior, tampoco dejó de llamarla, de sentir la necesidad de su voz en la lejanía. En cierta ocasión le envió una postal con el siguiente texto: Estoy en Tokio, pero no solo, tú estas conmigo. Conoció mujeres de todas las razas y colores, pero la piel de Lucía

lo envolvía siempre. Cierta vez, estando en la India, dentro de un templo de Nueva Delhi, vio en el altar la exótica hermosura de una diosa de Oriente, y confundido con el rostro de la deidad el de Lucía, cuyas facciones más que originarias de Mallorca, parecían surgidas de las orillas del Ganges, con un rostro de perfil hindú suavemente alargado, una nariz correcta y una boca pequeña, rematado todo ello por unos ojos insondables como los de la diosa oriental.

Después de la vuelta del viaje a la India, vivió Alfredo tres dramas familiares, el primero de ellos la muerte de su hermana ciega, Luisa, y los otros dos con la desaparición de la madre y la del padre casi a renglón seguido. En esas fechas tristes para el joven, no dejó de perder el contacto con Lucía, que cuando ocurrieron los fallecimientos se desplazó con sus hijos a Ibiza, regresando tras las honras fúnebres a Mallorca.

En las llamadas posteriores a dichos hechos luctuosos, se notaba la afectación que produjo a Alfredo la desaparición

de los seres queridos, pero con el transcurso de los meses se le vio mucho más repuesto. El tiempo balsámico, curativo y cicatrizador, se encargó de hacer su trabajo eficazmente. Lo único que no había podido cerrarse nunca, a pesar del paso de los años, la herida siempre abierta de la ausencia de Lucía, sangrándole en la memoria.

Trasladándonos a otro de los protagonistas de nuestra historia, Ernesto realizó un viaje de trabajo a la ciudad de la Habana con una exposición que fue todo un éxito, del que se hizo eco el diario cubano Granma, así como gran parte de la prensa española, desplazándose posteriormente a Nueva York, donde exponiendo en una famosa galería obtuvo un triunfo sin precedentes, alcanzando una alta cotización sus obras. El tenía la virtud con su pincel de desnudar los campos y las ciudades, y su colección de cuadros titulada Brumas, que expuso en la Habana y Nueva York, despertó incluso loables críticas a nivel internacional. Sin embargo, las más bellas colinas de los paisajes que pintó en su vida estaban en un desnudo de

Lucía, en un lienzo de dos metros por ochenta, en el que resumió los colores apasionados de su existencia, y que ocupaba uno de los murales de su estudio.

Indicar que Ernesto sentía una veneración especial por los poetas, devoción que plasmó en un óleo impresionante de Tomás Morales, a cuyo pie puso la siguiente leyenda: Los poetas son los hechiceros que a través de la bola de cristal de la poesía muestran la magia de la palabra.

Durante su estancia en Cuba tuvo omnipresentes los ojos deslumbrantes de Lucía, que vio asomar en muchos rostros femeninos. Allí tomó como modelos las imágenes de algunas mujeres caribeñas, bruñidas por la tonalidad morena de la tarde, hija del color claro de los conquistadores y de la magia negra de la noche del trópico. Ya de regreso a Mallorca, Lucía desenterró el fantasma de los celos, y le descubrió unos bocetos de jóvenes cubanas que traía en sus carpetas de trabajo, pero nuestro hombre defendió como siempre a capa y espada su inocencia.

A ella le gustaba verlo pintar en su estudio, situado en la planta baja del chalet. Lo observaba ensimismada, con admiración. Se pasaba las horas en silencio, contemplando entusiasmada como trabajaba. A veces sus ojos se perdían en la profundidad de aquellos cuadros. En cierta ocasión, y siendo el día del santo de Lucía, Ernesto le expresó - Te voy a hacer un regalo en desagravio de una acción fea que te hice un día. Y bajando al estudio, le descubrió un retrato al óleo de cincuenta por cincuenta de aquel menor de catorce años que se enamorara de ella en Ibiza. Lucía sintió un vuelco en el corazón, al ver con asombro como Ernesto magistralmente puso en aquellos ojos niños, en dulce mescolanza, el brillo de la pasión y la inocencia. El siguió hablándole -Acércate más. Y entonces Lucía vio sus propios ojos perdidos en el fondo de aquella mirada inocente.

A todas estas, los días de Alfredo seguían discurriendo monótonos en Ibiza. Contaba cincuenta años y hacía una vida totalmente sana, bien distinta de la que llevó entre los veintidós y los treinta, en que herido por la ausencia de

Lucía buscó refugio en el tabaco y el alcohol. Ya cumplida la treintena, y percatándose de las nocivas consecuencias que tales excesos podían acarrearle, entró en una trayectoria de sobriedad, y dedicó gran parte del tiempo libre al deporte, sobre todo correr, lo que hacía puntualmente todos los días antes de acudir al trabajo. Por lo que se refiere a sus relaciones familiares, después de la muerte de sus padres, las mismas se hicieron difíciles sobre todo con una hermana de nombre Rufina, y a la que nuestro personaje, motivos no le faltaban para ello, no podía ver ni en pintura. En cierta ocasión tuvo un choque con una hija de la misma, llamada Rita, a la que recriminó haber engañado a su hermano Jorge, el difunto marido de Lucía, por una permuta de un terreno que habían hecho, respondiéndole la sobrina en cuestión airadamente -¿Daño yo? Daño el que le hiciste tú destrozándole la vida. Desde ese entonces, jamás se cruzaron palabra tío y sobrina, salvo un encuentro al que haremos mención más adelante, y que tendría lugar ya cercano el final de nuestra historia.

Transcurridos unos cuatro años, en una de las conversaciones telefónicas con Lucía, Alfredo le dijo que estaba manteniendo una relación con una joven camarera, natural de Mallorca, que se estaba quedando de momento en su casa. Lucía le deseó toda la felicidad del mundo, y al día siguiente, cuando Alfredo volvió a llamarla, le manifestó - Tienes una novia, y lo mejor que puedes hacer es dedicarte a ella, no perdiendo el tiempo en llamarme, colgando seguidamente el teléfono. A esa llamada siguieron otras, hasta tres o cuatro al día, incentivadas todas ellas por el silencio de Lucía, que ya pasada una semana, se decidió por lástima a cogerle el teléfono.

Una mañana de un día otoñal sonó el teléfono en casa de Lucía. La llamada era de Alfredo, y en la misma le decía que se encontraba recién llegado de Ibiza en una conocida clínica de la capital mallorquina para hacerse unas pruebas y análisis por unos dolores musculares que venía arrastrando. Que por la tarde regresaría, ya que tenía que reintegrarse al trabajo de inmediato, y que la llamaría desde el aeropuerto. Unas cinco horas después se recibió otra. Era la voz de una mujer, que en tono apagado manifestó que ella era Irene, la novia de Alfredo, y que llamaba para comunicarles que las pruebas médicas

realizadas detectaron un cáncer de pulmón en estado muy avanzado, ignorando Alfredo su estado, ya que los médicos le habían ocultado la naturaleza de la enfermedad. Fernando, el receptor de la llamada, trasladó a su madre la triste noticia.

- Mamá, mamá, que el tío Alfredo se está muriendo.

- ¿Qué?, dijo Lucia extrañada, y con una mezcla de asombro y desolación.

- Sí, me lo acaba de decir la novia, ahora mismo se encuentra en el Hospital de Palma.

Acudió Lucía de inmediato al Hospital. En el vestíbulo de la sala de urgencias, se encontró con Alfredo, y tras saludarlo con un beso, trató de disimular la zozobra interior que la sacudía. Sabedora que él desconocía la índole de su mortal padecimiento, se esforzó por contenerse, por no llorar. Alfredo, ajeno a su situación, le manifestó que por lo visto tenía que quedarse ingresado unos días, ya que tenían que hacerle algunas pruebas más.

Escuchando aquella voz vibrante, viendo aquel cuerpo aún joven, y la mirada profunda y taladradora que le dedicó nada más verla, Lucía se dijo para sí esto es imposible, aquí tiene que haber un error. Inmediatamente lo subieron a planta, y ya allí le asignaron una habitación. La novia y Lucía se quedaron fuera de momento, y en el pasillo Irene le corroboró la realidad del diagnóstico que le habían comunicado sólo a ella. También le dijo que durante toda su relación, que databa de cinco meses atrás, se venía quejando Alfredo de dolores supuestamente musculares, según los médicos que lo trataban en Ibiza, y que le prescribían simplemente masajes y sesiones de rehabilitación. Mientras Irene hablaba, Lucía no dejaba de observarla. Era una mujer de unos treinta y seis años de edad, de estatura media, algo sobrada de grasa, y con un rostro vulgar del que destacaban únicamente unos ojos vivarachos. Lucía no notó consternación en las palabras de Irene, como tampoco pesadumbre. Por la confianza y la forma en que le hablaba, también le dio la impresión, y estaba en lo cierto, que la joven desconocía los fuertes

vínculos sentimentales que habían existido entre ellos, que para Irene era simplemente una familiar lejana. Alfredo que era un hombre callado, introvertido, celoso de guardar su mundo interior, nunca llegó a hablarle del tema. No obstante, no le pasó desapercibida a Irene la tristeza profunda que se reflejaba en los ojos de Lucía. Percatándose de ello, en tono consolador, le manifestó -Que se va a hacer, así es la vida, todos nos vamos, unos hoy y otros mañana. Entraron en la habitación, e Irene no percibió las intensas miradas que le dedicaba Alfredo a Lucía. Al poco de estar con ellos los dejó solos, y se fue a la cafetería para tomarse un bocadillo y reponer fuerzas, pues, la jornada había sido agotadora. Alfredo nada más quedarse con Lucía, le comentó que aquello se trataba de una relación banal, que la tenía recogida en su casa por pena, y que tan pronto pudiera se la iba a quitar de encima. Lucía le dijo que la chica no estaba de mal ver, y que le parecía buena persona, a lo que él respondió, porque no la conoces. Lucía no tardó mucho tiempo en ver lo sobrado

de razón que estaba Alfredo respecto a la condición de la novia, la cual no era ni mucho menos lo que aparentaba.

Al día siguiente comenzaron a hacerle a Alfredo otras pruebas aparte de las realizadas en la clínica privada. Pero las nuevas no hicieron sino corroborar la temible dolencia, que ya se había extendido del pulmón a la columna. Tenía las vértebras cercanas al tórax bastante afectadas, lo que se traducía en un calvario, que le hacía exclamar con frecuencia -Dios mío, qué será el perro este que tengo pegado en la espalda. Vía intravenosa, y con el fin de calmarle tan espantoso sufrimiento, tenía puesto un vial fijo, por el que de forma progresiva entraba la morfina mitigadora de tormentos. Mas llegó un momento en que sintió como si lo desgarraran por dentro, como si estuvieran triturándole la espina dorsal, ello ocurrió precisamente en el instante en que se había deshecho una de sus vértebras, estrangulándole la médula y dejándole paralizadas las extremidades inferiores, hecho que ocurrió a los once días de su ingreso. En el transcurso de la primera semana todavía podía valerse por sí mismo, y se

levantaba para asearse y hacer sus necesidades, siendo una constante de su implacable mal aquel dolor que le acompañaba, y al que se intentaba alejar con los calmantes, pero que siempre volvía a ensañarse con renovados embates.

Lucía desde el primer día estuvo junto al lecho de Alfredo, alternándose con la novia, si bien las visitas de esta última eran cada vez mas espaciadas, y cuando se producían estaban salpicadas de continuas salidas a la cafetería o al pasillo. En ese entonces se sucedieron una serie de hechos, que no pasaron desapercibidos a Lucía, que una tarde presenció como vino a visitar a Alfredo una tropa de familiares de Irene, oyendo como una amiga íntima de esta última, le decía

- Muchacha, mírale las tarjetas, y también si tiene algún seguro.

-Sí, tiene tarjetas y seguros, le respondió Irene.

- No seas boba chiquilla, muévete, que si no se lo van a tragar todo los familiares.

Lucía estaba cerca, y aunque las raposas hablaban en voz baja, se percató de lo que estaban diciendo. Sintió como un escalofrío recorría su cuerpo, y ya al lado de Alfredo le acarició una mano tiernamente, aprovechando la ausencia de Irene, que continuaba en el pasillo enfrascada en aquel diálogo nauseabundo.

A todo esto y nada mas enterarse Lucía del estado de Alfredo, se lo comunicó a Ernesto, que se sintió impresionado, dándole toda su comprensión para que estuviera con el enfermo el tiempo que deseara. Ella apenas podía verle, y solamente se producían sus encuentros los sábados entre las once y dos de la tarde, no sufriendo erosión alguna la estabilidad de la pareja, ya que Lucía sentía por Alfredo un cariño y un afecto entrañable, que no tenia nada que ver con lo profunda, duradera y apasionada de su relación con Ernesto, a quien en definitiva había elegido treinta años atrás.

Entre los familiares desplazados a Palma para visitar a Alfredo apareció en escena un sobrino llamado Gilberto, que por cierto desempeñó un papel despreciable en el drama. El, que vivía en Ibiza cerca de la casa de Alfredo, vino al Hospital con la idea asumida de que iba a ser posiblemente su heredero, ya que al fin y al cabo era el que más relación del entorno familiar había tenido con el mismo. Nada más llegar al centro hospitalario, el expresado sobrino dijo que quién puñetas era la novia de Alfredo, para estar propalando a todo el mundo la enfermedad maligna que padecía su tío. De entrada colisionó frontalmente con Irene. Los dos se consideraban aspirantes a la herencia, y como tal se enfrentaron abiertamente en una lucha encarnizada, cual hienas disputándose un macabro festín. Por lo que respecta a Lucía y sus hijos, nada suponían ellos para estos dos personajes. Estimaban que era simplemente una ex cuñada de Alfredo, no siendo rival de entidad alguna para llevarse el codiciado botín. De ahí que estuvieran centrados en aquella voraz contienda. Y en la confrontación utilizaban

como campo de batalla al moribundo, que pronto se percató que aquellos indeseables no eran otra cosa que dos buitres haciendo círculos sobre su cuerpo vencido. Menuda pieza tu sobrino Gilberto, le decía Irene a Alfredo. Está desesperado por llevarte a Ibiza, donde te estará esperando en el aeropuerto con un Notario. Esto se lo expresaba, aprovechando los escasos y breves momentos en que se encontraban solos, ya que Lucía era la que estaba prácticamente noche y día al lado del enfermo, que dicho sea de paso le comunicaba todo lo que le decían tanto la novia como el sobrino. En una ocasión, le comentó que Irene quería que le hiciera un poder para solucionar los asuntos de Ibiza, a lo que él le había respondido que no hacía falta, que allí tenía un gestor para resolver esas cuestiones.

Una mañana, encontrándose ocasionalmente Alfredo a solas, irrumpió en la habitación la amiga de la novia, que le espetó que por qué no se casaba con Irene, que si pensaba dejárselo todo al Estado. Le estaba diciendo lo que todavía no le habían dicho los médicos, en una

demostración de crueldad espantosa. Alfredo, dando la callada por respuesta, recibió estoicamente la embestida de la arpía, trasladando luego lo acontecido a Lucía, que al contrario que aquella víbora, le decía en todo momento que iba a salir adelante, que gentes en peor estado que el suyo se habían curado, poniendo siempre palabras dulces y esperanzadoras en su oídos.

Alfredo, pese a su estado de postración, siguió sintiendo por Lucía la misma adoración que el primer día. Nada apagó la intensidad de sus sentimientos. Cierta vez, una de esas largas e interminables noches de vigilia, Lucía sintió como el mismo, envuelto y flotando en la nube de morfina que le suministraban, le decía - Tengo ganas de hacer el amor contigo. Ella como respuesta le besó la frente, y con los ojos húmedos y cerrados, se transportó a la vieja casona de Ibiza, y allí vio como un niño de catorce años, le arrojaba piedrecitas a la puerta de su habitación, para verla aparecer en los umbrales de la felicidad.

Irene, viendo que no lograba sus propósitos, fue soltando amarras. Aparecía muy poco por el Hospital, y llegó un momento en que se alejó por completo, no sin antes haber mantenido varios rifirrafes con Gilberto. Al no conseguir sus pretensiones, que no eran otras que el enfermo le hiciera un poder o se casara con ella, desapareció de la escena, y ello con la consiguiente satisfacción de Gilberto, que ya con el terreno más despejado, menudeaba más sus desplazamientos desde Ibiza al centro hospitalario. Con la retirada de Irene, esfumándose como por ensalmo, se cumplió algo que había dicho con antelación Alfredo a Lucía, que su

desinteresada novia se acabaría aburriendo, como así ocurrió. Pero antes de marcharse Irene, y al no haberle pasado desapercibida con el paso de los días la unión tan estrecha entre Alfredo y Lucía, la sombra de una fundada sospecha se apoderó de ella, duda que disipó del todo una sobrina de Alfredo, la llamada Rita, y a la que hemos hecho alusión en otro pasaje de nuestra historia, que le contó los rumores familiares existentes en Ibiza sobre aquella vieja relación.

Significar que a todo esto, la situación de Alfredo era más dramática. Paralizado en el lecho, veía como el tiempo transcurría, y cada vez iba a peor. Con frecuencia estallaba, dirigiéndose a médicos o enfermeras - Yo entré aquí caminando hace unos días, como es posible que ahora no pueda dar ni un paso. Ustedes quieren explicarme lo que han hecho conmigo. Su voz desgarrada era la de un hombre desesperado. A veces se volvía hacia Lucía, y le decía tú crees que yo saldré de ésta, y entonces ella susurraba un bálsamo en sus oídos: claro que sí, verás que pronto te repondrás.

Una mañana Gilberto apareció en el Hospital junto con su prima Rita, y aprovechando la ausencia de Lucía que se encontraba en la cafetería desayunando, le dijo a Alfredo - Tío, tu ya sabes lo que tienes, que te lo han dicho los médicos, y queremos saber cuales son tus últimas voluntades. Alfredo en ese instante sintió un asco infinito por aquellos miserables, y haciendo de tripas corazón les dijo, en un tono duro y seco - No se preocupen, lo mío lo tengo yo arreglado desde hace mucho tiempo. Recordarle al lector que la llamada Rita y Alfredo no se llevaban desde hacía algunos años, concretamente desde la escena a que ya hicimos mención en que insultara al tío, y enterada ahora de que éste se encontraba a las puertas de la muerte, tuvo la osadía de presentarse en su lecho de moribundo junto con el otro chacal para preguntarle por su disposición testamentaria. La imagen era de lo más siniestra y repugnante. El enfermo traspasado por el dolor, y aquellos dos seres inmundos, dando vueltas y más vueltas sobre la presa, buscando donde hincar el diente. Cuando regresó Lucía ya no se

encontraban allí. Al oír la tajante contestación de Alfredo, los primos se marcharon con el rabo entre piernas. Una gran frustración se reflejó en los rostros de ambos, que salieron como alma que lleva el diablo. Alfredo contó a Lucía lo ocurrido, cuando aún quedaba flotando en el ambiente el hedor insoportable de las alimañas.

Pero Gilberto no se dio por vencido, después de pasarse la noche sin dormir, con sus tripas desveladas por la imagen de la herencia, al día siguiente mandó un abogado al Hospital para que hablara con Alfredo, quién colérico le dijo al mismo - Qué coño es lo que le pasa a mi sobrino Gilberto, yo no tengo nada que hablar con usted ni con nadie, y lo mío lo tengo todo arreglado. El letrado pidió perdón al enfermo, y por la tarde, por el fúnebre servicio prestado, pasó la correspondiente minuta al carroñero.

A todas estas, Alfredo viendo la voracidad de los sobrinos que se le echaban encima, y más consciente que nunca de su estado terminal, le dijo a Lucía, al tiempo que

le daba las llaves de su casa, dáselas a tu hijo Fernando para que mañana vaya sin falta a Ibiza, y coja mi testamento que lo tengo guardado en un armario del garaje. La sorpresa que se van a llevar esos perros, cuando sepan que mi única heredera eres tú. Entonces a Lucía los ojos se le inundaron de lágrimas, al tiempo que decía cómo has podido hacer eso. Alfredo continuó diciéndole que lo tenía hecho desde hacía cinco años, estando pletórico de salud, y después de regresar del viaje a la India, por si sufría algún accidente, y cuando ya había muerto su madre.

En días sucesivos Alfredo fue empeorando. Llegó un momento en que los calmantes no le hacían efecto. Las noches se las pasaba delirando, llamando constantemente a Lucía. Estás ahí le decía, y la voz de ella era su único tranquilizante. En el rostro de la mujer, y en torno a sus grandes ojos, se remarcaban unas ojeras profundas producto del cansancio de pasarse tantas noches en vela. Ella contaba como única ayuda con la de su hijo Fernando, que le hacía algún que otro relevo diurno, por lo que eran

muchas las veces que empalmaba las noches con los días, no pudiendo en cambio recibir ninguna de su otro hijo Ignacio, que trabajaba de piloto en una compañía aérea.

Fernando, y de acuerdo con las instrucciones dadas por su tío, fue a Ibiza y se trajo la copia del testamento que estaba oculta efectivamente entre unos papeles del armario indicado. Tras leerlo vio como en el mismo se nombraba a su madre única y universal heredera. Seguidamente le llevó el documento al tío, quien nada más tenerlo en su poder, se lo entregó a Lucía.

Al día siguiente cambiaron a Alfredo a otro sector de la planta de cuidados paliativos, a una habitación más reducida y que tenía que compartir con otro paciente. Al verse en aquel pequeño cuarto, se le cayó el alma al suelo. Aquí por lo visto vamos a peor, dijo entre dientes. A partir de entonces, ya no sintió aquel dolor lacerante, que le mordía las entrañas y los huesos. Una paz infinita lo inundaba, y pocos fueron los momentos que estuvo en aquella estancia, pues, envuelto en la nube adormecedora

del tratamiento, viajó al caserón de Ibiza, que guardaba sus más hermosos recuerdos.

Entre tanto, el cuervo de Gilberto no tiraba la toalla, llamaba diariamente a los médicos, pidiendo que permitieran el traslado de su acabado tío a Ibiza, con la única finalidad de tenerlo allí a su merced. Pero la voluntad de Alfredo era tajante, y así lo había expresado en varias ocasiones a los doctores. Se manifestaba totalmente contrario a la idea de que lo trasladaran, lo único que quería es que lo dejaran morir en paz y en brazos de Lucía.

## 16

Lucía, sentada al borde de la cama, no se percataba que Alfredo se encontraba lejos, que se había ido a la casona de Ibiza en su compañía, descorriendo la cortina de brumas del pasado. Lo oyó revolverse en el lecho, sintió profundos suspiros que se escapaban de su boca demudada, como esos gemidos que se producen en la delgada frontera que separa el dolor del placer. No se imaginaba que en esos momentos, como un sueño imposible, la estaba recorriendo con sus manos, que no se cansaron nunca de acariciar olvidos. A todo esto, rozando la madrugada, se produjo un cierto revuelo por los pasillos

de la planta, lo que sucedía casi todas las noches, y cuando ocurría algún fallecimiento.

Decir que Lucía durante las últimas horas con Alfredo, sufrió en más de una ocasión el asalto del remordimiento. Se sintió culpable, sin serlo, de la fascinación que despertara en el adolescente, de aquel delirio inacabable que hizo que en un momento dado, y siendo ya un hombre, ella no dudara en arrojarse a sus brazos. Pero su desazón llegaba aún más lejos. Pensó en el daño irreparable que le causó abandonándolo, cuando se interpuso entre sus vidas Ernesto. Escuchó de nuevo a través del teléfono su voz ronca, mareada, implorante. Se imaginó la tortura del tiempo que el desdichado vivió en soledad, sin compartir la vida con nadie, abrazado únicamente a su recuerdo. Como incluso después de liberarse de su adicción a la nicotina, nunca tuvo fuerzas para desengancharse de aquel sentimiento que seguía brillando en sus ojos agonizantes, que aún palpitaba en su corazón apagado.

Tras una semana de su entrada en paliativos, y después de que día a día se fueran apagando las constantes vitales de Alfredo, estando Lucía velándolo, la muerte hizo acto de presencia. Se quedó mirando a ambos, y conocedora de tan bella historia de amor, decidió hacerse pasar por Lucía. Tomó la forma esbelta de la joven, cuando la misma tenía treinta años, tiempo en que tuvo lugar el idilio con Alfredo. Ya reencarnada en aquella corpórea hermosura, en un gesto de coquetería, se miró la muerte en el espejo del infinito, se perfiló las cejas, se puso rimel en las pestañas, se pintó los labios de un color intenso, y regó su cuerpo de un perfume con olor a eternidad. Instantes después murmuró unas palabras a oídos del enfermo. *Alfredo, Alfredo, soy Lucía, te estoy esperando en la vieja casona de Ibiza, con la puerta de la alcoba entornada como siempre.* Alfredo, al percibir la voz amada, sintió como su corazón se desbocaba, y por los ríos helados de sus venas comenzó a fluir un torrente de sangre ardiente. Empujó la puerta del dormitorio, y allí estaba Lucía esperándolo, con la ansiedad a flor de piel.

Volvió a despojarla de la túnica de seda como hiciera tantas veces, y sus brazos apasionados abarcaron el cuerpo tantos años deseado. La muerte entonces se sintió mujer por vez primera, sus labios infinitamente fríos se volvieron cálidos, las piernas le flaquearon, notó como le ocurría algo inexplicable, se sentía débil, vulnerable, envuelta por oleajes de placer en el mar de la nada, y mientras Alfredo moría entre sus brazos, sintió celos de ultratumba por la mujer cuyo papel había interpretado.



MIEMBROS Y CARGOS DE LA JUNTA DE GOBIERNO DE LA REAL  
SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS DE GRAN CANARIA

DIRECTOR

D. TOMÁS VAN DE WALLE DE SOTOMAYOR  
MARQUÉS DE GUISLA GHISELIN

VICEDIRECTOR

D. GONZALO MELIÁN GARCÍA

SECRETARIO

D. GONZALO MELIÁN GARCÍA

VICESECRETARIO

D. JOSÉ DÍAZ-SAAVEDRA DE MORALES

CENSOR

D. FRANCISCO REYES REYES  
CHAVES

TESORERO

D. VÍCTOR JORDÁN GONZÁLEZ DE

BIBLIOTECARIO

D. IGNACIO DÍAZ DE LEZCANO SEVILLANO

CONTADOR

D. VICENTE CASTELLANO CABALLERO

VOCAL 1º

D. JUAN ANDRÉS MELIÁN GARCÍA

Vocal 2º

D. RAFAEL ESPARZA MACHÍN

Vocal 3º

D. MANUEL MORA LOURIDO

Vocal 4º

D. MANUEL HERRERA HERNÁNDEZ

VOCAL 5º

D. PEDRO MARÍA PINTO Y SANCRISTOVAL

VOCAL 6º

DÑA BERNARDA ANA AULET MARRERO

VOCAL 7º

D. JOSÉ LUIS GAGO VAQUERO

VOCAL 8º

D. VÍCTOR MACÍAS ALEMÁN

DIRECTOR DE HONOR

D. FRANCISCO MARÍN LLORIS  
MARQUÉS DE LA FRONTERA

